

dia nuestras aguas en todas direcciones: y tomando por excusa tan liviano pretexto, se enajenaron aquellos buques de una manera que sólo podrá explicar con exactitud la Administración de aquel malhadado tiempo. A ella preguntamos nosotros: ¿Qué se hizo de su producto? ¿Con qué objeto se vendieron unos buques que, sabiendo hacer buen uso de ellos, hubieran prestado un servicio señalado y utilísimo á nuestro país? se vendieron con el objeto acaso de ensunchar la órbita de sus dilapidaciones en que sólo han pensado los hombres por cuyas garras de rapina ha ido pasando sucesivamente nuestra desventurada Nación; nuestra Nación que, estando destinada por la naturaleza á ser uno de los países más ricos y poderosos del mundo, se han empeñado sus livianos mandarines en convertirla de ancho y hermoso paraíso, en triste valle de lágrimas y de infelicidad.

Méjico, suponen algunos, no tiene posesiones en Ultramar ni en ningún otro punto fuera de su territorio matriz, y no necesita, por lo tanto, de marina de guerra como las potencias europeas que tienen, unas más que otras, y en diferentes partes del globo, colonias que defender. Si tal se nos dijera frente á frente, replicaríamos con una razón bien sencilla, y es, que el objeto de la marina no está cifrado exclusivamente en resguardar las posesiones estereiores de una Nación; antes al contrario, aquella es una de sus misiones más secundarias, y por consecuencia menos trascendentales. Los objetos principales de la marina de guerra, consisten en guarnecer las costas de una Nación marítima, digámoslo así, si se nos permite la frase, para repeler una escursión estrangera y evitar la introducción clandestina de los contrabandos. Si nuestra República hubiera tenido disponible una escuadra respetable, bien provista y organizada ¿hubieran los bandidos ambiciosos del Norte invadido nuestro territorio? ¿Se hubieran burlado de nosotros con su bárbara é insultante carcajada? ¿nos hubieran usurpado los trozos más escogidos de nuestra cara y devorada patria? ¿nos hubieran hecho las vejaciones que sufrimos de ellos con la resignación de los mártires? ¿se hubiera derramado la preciosa sangre de nuestros valientes patriotas que una sola gota de ella valía más que toda la de los *hotentotes* mandarines que son el origen ocasional de nuestra situación difícil y embarazosa? ¿hubiéramos consumido inutilmente algunos millones de pesos en vanas tentativas para evitar una usurpación vergonzosa que ya era inevitable? y en fin, la Europa, el mundo ente-

ro ¿nos hubiera lanzado sus virulentos é incisivos sarcasmos á la vista de nuestra impotencia, ocasionada no de haber degenerado nuestra raza como algunos *barbaros* suponen, sino por la pérfida traición, por los villanos manejos, por el horrendo monopolio, por la punible debilidad de nuestros estóridos ó demasiado pícaros magnates en quienes erróneamente se depositó el poder? Todo esto creemos que se pudo haber evitado con una marina de consideración de que podríamos hoy disponer, si desde que consumamos el loable y grandioso fin de nuestra independencia, se hubiera tratado, con talento, de hacerla digna de nosotros; de sostenerla con dignidad, elevándola al rango, á la consideración y respeto de los otros países grandes y civilizados, sacándola de las tinieblas en que la arrancamos del poder de la metrópoli, de quien nos emancipamos para hacer de nuestro país una miserable ramera que vive del fruto de su prostitución. Tal vez se nos dirá que son pocos años los que cuenta Méjico de su libertad para hacer tanto como se pide, y que todos los pueblos han pasado por trástagos, convulsiones y miserias, hasta consolidarse y engrandecerse. ¿Comun y trivial recurso de que suelen valerse algunos que pretenden con fútiles é insignificantes argucias ocultar su culpa ó su vergüenza! Si los demás países de la tierra en siglos muy distintos al en que vivimos, cometieron cuantos deslices quieran suponerse, é invirtieron muchísimos años para consolidarse y adquirir un puesto honroso en la sociedad universal, ora por la carencia de luces ó conocimientos en la ciencia del bien estar, ora por los errores y mala conducta de sus reyes ó señores nunca podrá esto servir de sólido escudo á los hombres que han ido *desgobernando* el país, cuyos inmensos males lamentamos á voces sin podernos contener. En el tiempo que llevamos de independencia absoluta, ha habido sobrado lugar de hacer de nuestra República un país rico, opulento y respetable; ha habido lugar de moralizarle, de instruirle, de embellecerle, de cultivarle, de estender su población, de centralizar en él las ciencias, las artes y todo lo que constituye el progreso, el bien estar y la felicidad de un país bien regido; pues treinta y un años de libertad, son suficientes á transformar la faz del orbe entero, cuanto más, nuestra Nación hoy tan afligida: y no se nos arguya que lo que decimos ha sido impracticable en el tiempo que llevamos de independencia; porque para probar en contrario, nos basta señalar con el dedo el temible vecino que está haciendo presa en nuestra debilidad y abyección.